

DEBATE SOBRE EL CRECIMIENTO

Daniel Bell U Thant B.F. Skinner Paul A. Sam
Claude Lévi-Strauss Noam Chomsky Herber
Margaret Mead Arnold J. Toynbee B.F. Skin
Marshall McLuhan Claude Lévi-Strauss I
Noam Chomsky Herbert M
Arnold J. Toynbee B.F. Skinn
Marshall McLuhan Claude Lé
Daniel Bell U Thant Skir
Margaret Mead Arnold
Chomsky Herbert Mar
Lévi-Strauss No
Marcuse Mars
EDITADO POR WILLEM L. OLTMANS

debate 
sobre el 
crecimiento

AUTOR:

Willem L. Oltmans, compila
dor

EDITADO POR:

Fondo de Cultura Económi
ca. México. 1975.

Rodia Romero

Este libro está consti
tuido por setenta entrevistas
hechas a connotados científi
cos, intelectuales y hombres
de negocio del mundo occi
dental sobre el controvertido
informe del Club de Roma,
Los límites del crecimiento.

Su autor, el periodista
holandés Willem L. Oltmans,

ha logrado que cada entrevista —que viene precedida de una breve nota biográfica— tenga un sello marcadamente individual. No existe un cuestionario común. Los entrevistados son interrogados, por una parte, a partir de sus propias experiencias científicas y profesionales y, por otra, en directa confrontación con las

opiniones de otros entrevistados. De esa manera se logra poner al descubierto una gran diversidad de enfoques sobre el crecimiento y otros problemas conexos.

Sin embargo, a pesar de la diversidad de enfoques, es posible percibir claramente tres posiciones frente a Los lí-

mites del crecimiento: a) la de los partidarios del crecimiento ilimitado, b) la de los miembros y partidarios del Club de Roma y, c) la de los críticos del sistema capitalista.

Los partidarios del crecimiento ilimitado

Dentro del primer grupo —partidarios del crecimiento ilimitado— debe incluirse a la mayoría de los economistas entrevistados. Entre ellos al Premio Nobel Paul Samuelson, a William D. Nordhaus, de la Universidad de Yale, y a Leonard M. Ross y Peter Passell, profesores ambos de la Universidad de Columbia y coautores, junto con Marc Roberts, de una devastadora crítica de **Los límites del crecimiento**.

A juicio de esos economistas, tres son los errores básicos del Club de Roma. Primero, suponer que a medida que aumenta el ingreso per cápita aumenta la tasa de crecimiento de la población. Segundo, suponer que la tecnología se mantendrá invariable en materia de recursos y descontaminación. Tercero, suponer que la sociedad humana carece de conducta adaptativa, ignorando el papel regulador que juega el sistema de precios sobre el uso de los recursos.

Las premisas malthusianas sobre las que funda el modelo —agregan estos críticos— contienen ya la conclusión: el colapso mundial. Por consiguiente, el uso intensivo que se hace de las computadoras resulta superfluo y sólo se justifica como un recurso publicitario. El informe carece de rigurosidad científica: sus planteamientos no guardan correspondencia con la evidencia empírica disponible hasta ahora ni aportan hechos nuevos que permitan sustentarlos.

El Club de Roma y los partidarios del crecimiento cero

Entre los entrevistados el libro incluye al líder máximo del Club de Roma, al hombre de negocios italiano Aurelio Peccei, al profesor del Instituto Tecnológico de Massachusetts, Jay Forrester, corresponsable, junto con Dennis Meadows, del modelo utilizado en **Los límites**, al autor de **Blueprint for Survival**, Edward Goldsmith, al autor de **The Population Bomb**, Paul Ehrlich, al antropólogo Levy-Strauss, al Premio Nobel de Química —también Premio Nobel de la Paz— Linus Pauling, al Premio Nobel de Economía Jan Tinbergen, y a otros destacados científicos partidarios del crecimiento nulo.

Respecto de la objeción formulada por los economistas al supuesto sobre población contenido en el modelo de Meadows y Forrester, no dan los entrevistados una respuesta explícita. Se insiste en lo obvio del problema, en el carácter exponencial del crecimiento demográfico y en la reducción y finitud del espacio físico habitable.

Rechazan la afirmación de que el modelo utilizado por el Club de Roma parta del supuesto de la invariabilidad de la tecnología. Lo que ocurre —explica Forrester— es que “La investigación y el cambio tecnológico se comportan dinámicamente en forma muy parecida a la acumulación del capital físico. . . En consecuencia, el capital y el conocimiento científico aparecen agregados conjuntamente, pues ambos se generan en forma similar, tienen parecida vida y se usan para los mismos propósitos”.

Al rol que los economistas asignan al sistema de precios, los partidarios del crecimiento cero replican que esa es una manera cortoplacista de ver el problema: de pensar en escaseces relativas y no absolutas. Por lo mismo, la opción tomada por ellos de medir los recursos en términos físicos y no económicos —monetarios— es válida. Por el contrario, el considerar el sis-

tema de precios como una especie de termostato que garantiza la conservación de los recursos, olvida que este mecanismo regulador no reacciona con la suficiente antelación.

Finalmente, Levi-Strauss se encarga de rebatir el argumento de que el modelo utilizado no se apoya en la evidencia empírica, ni guarda correspondencia con ella, señalando que la función de un modelo no es reproducir o representar la realidad concreta, sino contribuir a su explicación. En este sentido el modelo construido por Forrester y Meadows sería similar —e igualmente legítimo— que el utilizado por Marx en su obra *El Capital*.

Los críticos del sistema capitalista

La crítica de estos entrevistados alcanza a los dos grupos anteriores. Sin embargo, debe aclararse que básicamente aprovechan los resultados y conclusiones a que llega el Club de Roma para poner de manifiesto las contradicciones del capitalismo. A juicio de los intelectuales radicales y marxistas entrevistados, el problema ambiental revela, no los límites del crecimiento en general, sino las limitaciones del capitalismo. Esto es lo que se desprende tanto de las respuestas del economista Er-

nest Mandel, como del ecólogo Garry Commoner —autor *The Closing Circle*—, del filósofo Herbert Marcuse y del lingüista Noam Chomsky.

El núcleo de la crítica marxista —representada en el libro principalmente por Mandel— se centra en el carácter deformado y limitado del principio de racionalidad bajo el capitalismo. En su afán de maximizar sus ganancias o de minimizar sus costos la empresa capitalista amenaza destruir los dos resortes de la riqueza: el trabajo humano y la naturaleza. Al no tener en cuenta la necesidad social de reproducción de la fuerza de trabajo y de las fuerzas naturales, el empresario practica una economía de pillaje sobre ambas. La explicación de la crisis ecológica debe buscarse, pues, en la naturaleza misma del capitalismo. La gravedad alcanzada por la crisis y la amenaza que ha llegado a representar para la supervivencia de la humanidad es consecuencia directa del continuo flujo de nuevos productos lanzados al mercado con el propósito de disfrutar de la plusvalía tecnológica, principal forma de plusvalía monopolista actualmente existente.

Complementando esta tesis, Commoner señala que la causa principal del rápido aumento de la contaminación no ha sido el crecimiento de

la población ni el incremento del consumo per cápita, sino el cambio de la tecnología productiva, dictada por el deseo de elevar la productividad y la ganancia. Ilustra su aserto con la sustitución del acero por el aluminio.

Por tanto, concluye —criticando ahora el Informe del Club de Roma— la causa del problema no es que se esté llegando al límite del crecimiento, sino que se utilizan tecnologías localmente antiecológicas. Por otra parte, siendo la causa del problema de carácter económico, el remedio principal debe buscarse en este campo, pero esta dimensión se omite en las conclusiones del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT).

Chomsky, a su vez, recalca el carácter marcadamente ideológico de la tesis del crecimiento ilimitado y las implicaciones políticas de su debilitamiento. A medida que se desvanecen las esperanzas en el crecimiento ilimitado —explica— se va perdiendo una importante técnica para el control social; se pierde la capacidad para controlar las demandas de distribución de la riqueza de los sectores populares.

Por último, dado que el principio de racionalidad económica obliga a comparar ingresos con gastos mediante un

común denominador: el dinero, todo aquello no valorable en dinero es eliminado del análisis. Así quedan eliminados del análisis los "bienes gratuitos" y los valores humanos. El intento de asignar precios —agrega Mandel— a los bienes gratuitos no mejora la situación.

En resumen, la crítica marxista y la de los intelectuales radicales entrevistados, comparten los siguientes rasgos: frente a la técnica, una actitud optimista basada en las posibilidades que ella encierra para superar pretendidos techos biológicos, pero reconociendo —claro está— que el afán de lucro tiene efectos distorsionadores sobre ella; frente a la cuestión demográfica, una actitud decididamente antimalthusiana y, finalmente, frente al papel jugado por el mercado y el sistema de precios, una desconfianza sistemática sobre sus posibilidades como mecanismos reguladores y protectores de los recursos naturales y del medio ambiente.

Las implicaciones políticas del modelo del Club de Roma

El cuestionario que Oltman aplica a sus entrevistados va más allá de los planteamientos que explícitamente hace el Club de Roma. Un número nada despreciable de pre-

guntas está orientado a indagar la opinión de los entrevistados sobre las implicaciones políticas del modelo Meadow-Forrester.

Del texto de las preguntas —y de las respuestas que obtiene— se desprende que Oltman postula una estrecha relación entre la ideología del crecimiento ilimitado y la estabilidad del sistema estatal. "Sin el crecimiento —explica Richard Falk, uno de los interrogados— cada Estado sólo podría aumentar su base de poder y salud a expensas de otros Estados . . . La función del crecimiento indefinido es sostener el punto de vista de que el sistema estatal no implica la guerra de unas naciones con otras, sino la posibilidad del desarrollo simultáneo de todas". Por consiguiente, **Los límites del crecimiento** implican también, y al mismo tiempo, una profunda crítica al sistema de Estados y un llamado a reorganizar la sociedad internacional sobre nuevas bases.

¿Qué bases serían esas? Para averiguarlo Oltman enfrenta a sus interlocutores a una serie de alternativas: ¿Tal vez una dictadura benévola encabezada por miembros de una nueva inteligencia? ¿Quizás un organismo supranacional como las Naciones Unidas? O, mejor aún: ¿Un tota-

litarismo voluntario construido sobre bases skinnerianas?

Y, a propósito de esto último, resulta altamente significativo el espacio que se dedica en el libro a la discusión de las ideas de B. F. Skinner, psicólogo conductista norteamericano, autor, entre otras obras, de *Beyond Freedom and Dignity*, y a quien Oltman compara con Darwin y Freud por lo revolucionario de sus planteamientos: la libertad y la dignidad del hombre son simples mitos.

Skinner, que también está entre los entrevistados, se manifiesta partidario del Club de Roma, pero advierte que en su modelo se omite la tecnología de la conducta. A su vez los más connotados miembros del Club simpatizan con las ideas de Skinner, y creen que éste ha sido víctima, al igual que ellos, de un complot de la crítica. Sin embargo, la mayoría de los entrevistados —inclusive algunos partidarios del crecimiento nulo— denuncian el carácter utópico y antihumanista de las ideas skinnerianas.

Claro está que, aun sin el complemento de la ingeniería conductual de Skinner, el modelo tiende a llevar a sus constructores y partidarios a posiciones que se apartan de los valores democráticos. Ello permite afirmar a Commoner

que si, con fundamento en este estudio, se llega a la conclusión de que la única manera de resolver la crisis ambiental es reducir la población y el consumo, se está muy próximo a dar el paso siguiente: afirmar la necesidad de un régimen autoritario. De esa manera —opina el mismo entrevistado— se deja el concepto ecológico abierto a un uso fascista.

En síntesis, al negar la posibilidad del crecimiento ilimitado, el Club de Roma priva de un elemento impor-

tante al soporte ideológico en que actualmente se apoyan las relaciones de dominación entre Estados y entre clases sociales. Los marxistas —y otros críticos radicales— creen ver en esto una confirmación de las tesis de Marx sobre el carácter deformado y contradictorio del principio de racionalidad económica bajo el capitalismo. Los apologistas del sistema, en cambio, lo atribuyen al carácter acientífico del estudio, y muy especialmente, al desconocimiento de la ciencia económica por par-

te de los creadores del modelo. Como contrapartida, sobre dos puntos se producen coincidencias —al menos formalmente— entre los críticos marxistas y los partidarios del crecimiento ilimitado. Uno es el rechazo de los supuestos neomalthusianos introducidos en el modelo del Club de Roma: el otro, el énfasis puesto al refutar las proyecciones contenidas en **Los Límites del crecimiento**, en la tecnología como fuente de progreso.
